

La calle para el martes trece de enero de 2009
Diario de un espectador
Gael García, Diego Luna
por miguel ángel granados chapa

Gael García es el Tato, el goleador estrella a quien se apoda Cursi por su pretensión de ser cantante grupero. Diego Luna es su hermano Beto, motejado como Rudo en la cinta dirigida por Carlos Cuarón y producida por tres astros del firmamento cinematográfico mexicano (o relacionado con México, por mejor decir, porque sus carreras se han realizado más allá de la frontera en mayor medida que aquí): Alfonso Cuarón, Guillermo del Toro y Alejandro González Iñárritu.

Como decíamos ayer, en distintos momentos los dos hermanos, cuya relación está marcada por una violencia contenida, por envidia de Beto a Tato, son reclutados para el fútbol profesional por Batuta, un explorador de talentos que gana comisiones por la contratación de sus hallazgos y establece con ellos una relación que parece fraternal y hasta paterna hasta que enseña la oreja. El actor argentino Guillermo Francella hace este papel, que transita del personaje simpático hasta el amenazante (y derrotado) apostador tramposo.

La triada de Rudo, Cursi y Batura muestra algunos de los aspectos sórdidos del fútbol profesional. Se diría que ese es el núcleo de la historia filmica. Pero, a veces como simples detalles, como ráfagas narrativas en apariencia casuales surgen otros aspectos de la vida mexicana. La mujer de Beto, Rudo, ante el abandono de que es víctima por su marido, se enrola en una cadena de ventas de suplementos alimenticios, de esas que generan una suerte de cautiverio a partir de una aparentemente fácil manera de ganar dinero. Se trata, acaso, de una alusión a la empresa en la que Jorge Vergara hizo la fortuna que le permitió comprar el Guadalajara.

También aparece en escena el narcotráfico. Lo encarna el munífico cuñado de Beto y Tato, que se casa con su hermana y como yerno ganoso de hacerse grato construye para su suegra la enorme casa que sus cuñados concibieron en sus sueños para que en ella reinara su madre. Al final de la cinta, destrozadas sus aspiraciones, el propio generoso pariente dará empleo a Tato que cae desde sus aspiraciones de cantar en la onda grupera a administrar un restaurante con karaoke, propiedad del próspero comerciante que de pronto, sin que nadie se explique cómo (aunque lo imaginen) se llenó de dinero.

Hay que reconocer que Beto tuvo el escrúpulo de no acudir a su cuñado para resolver el grave problema de su insolvencia en el terreno de las apuestas. Sus acreedores no se andan con niñerías: como no paga lo amenazan de muerte. Por ello, pide ayuda a Batuta, que acepta asistirlo pero le propone que deje de ser él mismo: Beto, el Rudo, estaba en magnífica forma como portero, a diferencia de Tato, el Cursi, que en el equipo rival arrastraba la cobija, pues se hallaba en franca esterilidad, incapaz de anotar un gol. Beto estaba por batir una marca, que su portería no fuera violada en un periodo prolongado. Batuta le pide que se deje anotar, porque de ese modo el propio representante argentino y la gente que con él hace apuestas sobre seguro, ganaría una fortuna, de la que el propio Rudo participaría, y con su parte salvaría su vida y su palabra de honor.

Un largo momento dramático en la cinta de Cuarón se desarrolla en la cancha, cuando los hermanos quedan frente a frente, jugándose su destino. Antes de que Tato dispare un tiro penal, conferencia con su hermano, que está dispuesto a dejar que el balón entre en su red, y de eso modo cumplir su compromiso con Batuta. Pero un equívoco hace que el balón tropiece con el portero y siga su camino sin convertirse en gol. Su triunfo deportivo se convierte en su condena.

La cinta termina con la reconciliación de los hermanos en la playa cercana a su pueblo natal. Disipados sus sueños, pagado un alto precio por su efímero éxito, vuelven a ser ellos mismos.

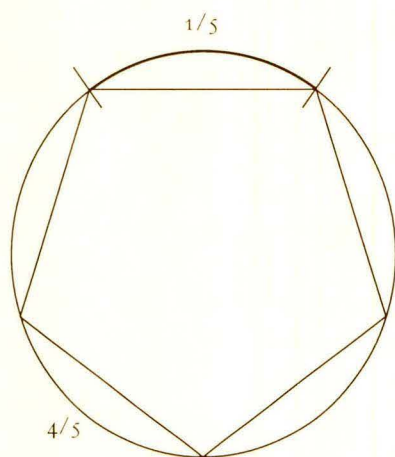


FIGURA 17. El lado de un pentágono inscrito en una circunferencia la divide en dos arcos que miden, respectivamente, $1/5$ y $4/5$ de su perímetro.

11. *Unwissbar*, en la traducción al alemán del propio Kepler.

buscarse en consideraciones aritméticas, sino *geométricas*. Imaginemos la cuerda, cuyas vibraciones producen el sonido, dispuesta en un círculo, con los dos extremos unidos. Se puede dividir perfectamente un círculo inscribiéndole figuras simétricas con distinto número de lados. Así, el lado de un pentágono inscrito dividirá la circunferencia en dos arcos que son, respectivamente, $1/5$ y $4/5$ del círculo completo, ambos acordes consonantes (véase la figura 17).

Pero un heptágono producirá relaciones de $1/7$ y $6/7$, ambas disonantes. ¿Por qué? La respuesta, según Kepler, es: *porque el pentágono se puede construir con regla y compás, pero el heptágono no*. La regla y el compás son los únicos instrumentos permitidos en la geometría clásica. Pero la geometría es el único lenguaje que posibilita al hombre comprender el trabajo de la mente divina. En consecuencia, las figuras que no se pueden construir con regla y compás —tales como el heptágono y los polígonos de 11, 13 o 17 lados— son, en cierto modo, impuras, puesto que desafían al intelecto. Son *inscibilis*, incognoscibles;¹¹ *inefabilis*, inexpressables, y *non-entia*, no existentes. “Ahí reside la razón —explica Kepler— de por qué dios no empleó el heptágono ni otras figuras de esta clase para embellecer el mundo.”

Así, las puras armonías arquetípicas y sus ecos, las consonancias musicales, se generan dividiendo la circunferencia por medio de polígonos regulares inscritos que se pueden construir con regla y compás, y los polígonos “inexpressables” producen sonidos disonantes y son inútiles en el esquema del universo. A la obsesión por los cinco sólidos perfectos se añadía ahora la obsesión gemela por los polígonos perfectos. Los primeros son cuerpos tridimensionales inscritos en la esfera; los últimos, formas bidimensionales inscritas en el círculo. Hay una relación íntima, mística, entre ambos: la esfera, recordemos, es para Kepler el símbolo de la santísima trinidad; el plano bidimensional simboliza el mundo material; la intersección de la esfera y el plano —el círculo— pertenece a ambos y simboliza la naturaleza dual del hombre como cuerpo y espíritu.

Pero, de nuevo, los hechos no cuadraban con el modelo y se tenían que explicar mediante un ingenioso razonamiento. El polígono de 15 lados, por ejemplo, se puede construir, pero no produce una consonancia musical. Es más: el número de polígonos que pueden construirse es infinito, pero Kepler sólo necesitaba siete relaciones armónicas para su escala (octava, sexta mayor, sexta menor, quinta, cuarta, tercera mayor y tercera menor). Así pues, las armonías se debían disponer jerárquicamente según los grados de “cognoscibilidad” o perfección. Kepler dedicó tanto trabajo a esta fantástica empresa como a determinar la órbi-

